

H.D. El prestigio de la épica

María Negroni

Confieso —en relación con H.D.— un interés reduccionista y arbitrario. De su extensa y complicada biografía, sólo me interesan dos curiosidades: la calidad de su exilio y, ya en plena literatura, su flirteo con la épica. Ambos gestos yuxtapuestos, me parece, ofrecen una suerte de imagen doble, vital y literaria, la cifra de un destino y una escritura. No veo otra razón a mi tacañería que la intriga que siempre me producen los gestos excesivos. Y, en este caso, ambos gestos lo son.

El exilio, cuya duración fue extremista (no volvió), denuncia para empezar un desplante de marca mayor, una animosidad general contra el mundo recatado y luterano de Bethlehem, Pennsylvania, donde se crió. Después: un hábito y una maestría, la afición a la ruptura y la capacidad de hacerla irrevocable. Hasta donde sé, hasta donde se ha filtrado en la obra, el episodio juvenil con Pound (con quien compartió, como se sabe, un amor virulento, y también una ambición eficiente y apurada) y la huida conjunta de Bethlehem tuvieron peso fundador: H.D. comienza allí la construcción del personaje de sí misma. De ahí en más, el modelo se reiterará, abriendo nuevas tierras de adopción, afectos, y después nuevas pérdidas, y así sucesivamente. Lo que se hace, diría Pavese, se voiverá a hacer e incluso ya se ha hecho en un pasado lejano.

Un exilio de esta naturaleza, por lo demás, nunca es sólo un hecho histórico; es también un mecanismo emocional, una forma de responder a los diques que la realidad impone al deseo. Dado su carácter voluntario, se edifica sobre un crecimiento y una pérdida, una afirmación de independencia y una clausura del pasado. En la disyuntiva, naturalezas como las de H.D. prefieren agudizar el deseo aun a costa de ceder provincias enteras de sí mismas. Es una cuestión de intensidad. También de cierto desa-

pego, acaso un descrédito de lo que se reputa permanente. El resultado es una vida que se parece a una estética de fragmentos.

En el Londres snob de la Primera Guerra, así, se le conocerán un marido (Richard Aldington, poeta menor), varios amantes (entre ellos, D. H. Lawrence y Cecil Gray, que es quizá el padre de su hija Perdita): todos —*sine qua non*— bohemios, inteligentes, figuras paternas. Casi enseguida, un divorcio.

Es para H.D. una época dura, durísima. Menos teñida por el escándalo y el dolor de la guerra que por un esfuerzo inaudito en el trabajo y un desconcierto frente a las críticas que ponderan su poesía como “un arte estrecho pero perfecto, un arte que bordea lo precioso y por donde se cuela un lustre que compensa cierta delgadez en la concepción” (Amy Lowell). Son años de búsqueda febril, de ambivalencia frente al rótulo de *imagiste* con que Pound la catapultó a la fama y al mismo tiempo, paradójicamente, la condenó a un estilo aún no conquistado. Se ha quedado sola o, lo que es peor, sin quien le “explique” su trabajo, la sostenga estética y emocionalmente. Y H.D. no será nunca (lástima) una mujer reducida a sí misma.

Una crisis la devuelve, por fin, a su destino con más fuerza. Le trae esta vez a una mujer: Anne Winnifred Ellerman, alias Bryher.

Lo que sigue, y persiste hasta su muerte en 1961, podría contarse como un cuento de hadas. Hija de una magnate naviero y ella misma un espíritu mecénico (vicario), Bryher tenía la virtud de la curiosidad en arte y un olfato certero. Estaba, además, perdidamente enamorada. Sacó de la galera un sueño: un viaje por las islas del Egeo, Grecia y Egipto que duraría un año y, además, aunque de modo menos evidente, ofreció un hogar, sentido común y el sostén económico que requiere toda vida dedicada a la literatura y a los viajes. ¿Qué pedía a cambio? ¿Compartir con H.D. su inestabilidad, su posibilidad de crear? ¿Burlar, acaso ella también, la vigilancia familiar?

No logro ocultar cierta alarma. Algo en estas dos mujeres se me escapa. Por momentos, no veo más que un lujo asiático en un crucero reiterado e infinito. Veo a Bryher, en su traje de hombre, en su rol de *metteur en scène*, cuidadosa y comedida, organizando la vida familiar y literaria de H.D. Veo a H.D., cuaderno en mano, traduciendo a Eurípides, en un juego de seducciones cruzadas, presidiendo un salón sin sede fija en Europa, nombres y relacio-

nes importantes, Eisenstein, los Sitwell, la Bauhaus, Joyce, Herman Hesse. Incómoda y despótica, como quien recibe sin derecho y lo sabe. Estricta en sus horarios de trabajo, distante, confinando a Perdita a institutrices, internados, a otras ciudades, otra gente. Inexplicable y contenta en el periodo en que entra en el consultorio de Freud en Viena, a diario. En Londres, bajo el ruido de las bombas, en el amor con Sylvia Dobson, en la correspondencia incesante con el ex-marido (Aldington era un admirador incondicional, no era cuestión de perderlo), en el reencuentro epistolar con Pound en la vejez, como quien cierra un círculo. Otras veces, se borra todo y me queda la imagen esquelética y sobria de una compulsión. Es H.D., escribiendo en sus cuadernos de presa.

De su libro mayor, *Helen in Egypt*, de sus "Cantos", como ella los llamaba, podría decirse que es un libro difícil, narcisista, obsesivo: alto teatro. Lo escribió casi a los 60 años, cuando los viajes se apagaban, cuando estaba por empezar su retiro en Lausanne primero, después en la Küsnacht Klinik de Lugano. Quiero decir, cuando el estupor empezaba a ser cierto, interno, se había macedado en memoria. No fue su último libro. Acaso fue el primero, en un sentido cabal, el que la vuelve necesaria, el que traza una órbita hacia atrás iluminando sus libros previos.

Como un fruto maduro, *Helen* recibe de H.D. todo lo que ésta ha estudiado (la cábala, el tarot, el esoterismo, el misticismo), lo que su prosa ha vencido y su poesía cultivado y odiado. Lo recibe y lo altera. Lo cose en un libro cuyo fin es fundar un sitio: un lugar amablemente anárquico donde la ausencia sea tal que el sentido de entranjería se diluya.

Dije alto teatro. Quise decir: ausencia de histrionismo. El suyo es un discurso que rehúye la representación y los gestos grandilocuentes en beneficio del recitado atonal, de la mera narración de cosas que han ocurrido antes, afuera de la escena. No cabe duda: H.D. compartiría las ideas de Duras sobre la relación entre texto y teatro, su convicción de que la representación es inútil cuando el drama entero está en las palabras. Yo agregaría que *Helen in Egypt* subvierte además otras lealtades. La lírica se imprime allí sobre otros géneros, los corroe, los desfigura, quedando a su vez tergiversada. Estos "Cantos" son mucho más que cantos. O cantan y narran, indisolublemente. Son, también, ejercicio

ininterrumpido de diversas compensaciones. Lo nuevo que turba con lo conocidísimo que calma o halaga. El fragmento narrativo (y un cierto tono epistolar) con la coda y la sentencia, el reproche con la imagen, el bello sentimiento con el himno de rencor.

Comparado con sus libros de juventud, con su época *imagiste*, el logro es doble. No es que haya dejado de ser razonadora ni que sus melodramas, ahora, sean otros. (Toda imaginación que se precie es reducida). Lo que ocurre no ha variado, sólo se ha convertido en prodigio. Hay aquí una construcción rabiosa, hecha de mitos y chispas de la inteligencia, como quien se lanza a la búsqueda desesperada de esa imagen que simbolice toda su experiencia

No fue H.D. de esos artistas que sorprenden por su precocidad y que a menudo padecen la desventaja de sus hallazgos, y de su soberbia. El estilo vítreo del comienzo, el temor de no saber dejarse sufrir y la tentación de hermostrar que conlleva este tipo de lírica sólo son desechados (conquistados) al final. Lo que escribe está traspasado por un hábito de contemplarse nunca satisfecho, por el agujón de ciertas escenas o ideas fijas que se resisten a encontrar su ley interna. H.D. es una poeta tardía que encontrará al final su monólogo. La búsqueda afanosa se ha resuelto en los "Cantos" en una épica de la soledad.

Paso ahora a la segunda curiosidad. ¿En qué consiste, qué oculta el cultivo del *epos*? ¿Qué revela la elección del mundo griego como lugar de lanzamiento imaginario de una estética? ¿Por qué la decisión de imprimir sobre él la propia biografía? Interpretar la preferencia con la lente feminista de Rachel Du Plessis es tentador pero no me convence. Resumen —a favor de los lectores— su trípo-de interpretativo: a) H.D. es la primera mujer norteamericana que publica un poema épico y que crea allí una protagonista femenina; b) Helena prefiere el mundo intuitivo de la magia, lo ritual, lo jeroglífico en oposición al mundo racional de Grecia; y c) el poema propone un desplazamiento interpretativo de la cultura heroica, cuyo énfasis reside en la guerra y es, por ende, una meditación sobre las causas de ésta y una condena. La conclusión implícita de este alegato hace del poema de H.D. un modelo cultural alternativo (femenino) y lo vuelve, de un tirón, pasible de propaganda.

Indudable: la idea de una épica deconstruida, una épica del *chora*, antimasculina y antibélica tiene su impronta política. Lásti-

ma que no me explica la manía griega de H.D. desde los libros tempranos, cuando la epopeya todavía está ausente. A mi modo de ver, la cuestión es menos simple. Necesita menos del pensamiento académico (que se complace en aplicar a las obras conclusiones sacadas a raíz de otras cosas) y de cierto pensamiento joven (que es impertinente pero dogmático).

¿Cómo explicar, por ejemplo, a la luz de sus enunciados, esta poesía pulverizada, su matriz precisa y eficaz, su aversión a las charlas y, en general, al exabrupto? ¿Cómo fundamentar su relojería lírica y formal? Nada más ajeno a la poesía de H.D. que la pura sensorialidad desordenada del *chora*, en ella hasta el odio es estilizado. Imposible también adecuar a este esquema la probada indiferencia de H.D. frente a la guerra (a toda conflagración que no fuera la poesía) y en general, la repugnancia que le producía la política. H.D., estoy segura, no hubiera aceptado la turbación didáctica como justificativo de la creación. Como buena artista, no hizo una proclama; transformó en valores estéticos sus debilidades, como quien violenta y ajusta sus gestos a una composición que crea, para entenderse.

Para expresarme quizás con más claridad, yo también leo *Helen in Egypt* como un sitio de resistencia (toda obra que se precie lo es); mi divergencia apunta a la calidad de esa resistencia. Me pregunto si disponer todo un argumento, con su escalada de romance, traición, pérdidas, deseo sexual, adulterio, alienación y ambición como una serie de imágenes nítidas sobre un enorme telón fantástico no es ya bastante subversión. Si al posponer las audacias formales (la magia de una narrativa que no se resuelve a progresar ni a repetirse, personajes que no se sabe si existen o son proyecciones, un espacio que fluctúa entre albergar acontecimientos o ser mera memoria), Du Plessis no está siendo un tanto avara. Si no hay, oculta y sutil en su interpretación, una tendencia a deslindar emoción e inteligencia.

Por mi parte, sin olvidar que el bautizo de H.D. ocurrió en una época en que lo griego era sinónimo de retorno y pureza y por ende credo ferviente de artistas y escritores, sostengo que el arsenal imaginario, simbólico y estético de Grecia resume en el caso de H.D. una ambivalencia: un atrevimiento y una sumisión. Ambos ocurren en forma simultánea.

Decir Grecia implicaba decir aura, institución, cánon. ¿Qué mejor que disputar desde esa aureola con Pound, Aldington, D. H. Lawrence y todos los mentores que siempre se buscó y que después no sabía cómo sacarse de encima? ¿Qué mayor astucia que usar la mitología, entendida en sentido amplio, como alegoría personal?

Uso de la convención, en otras palabras, como coartada para imponer un reconocimiento, aunque al hacerlo hiciera un pacto con otra dependencia, otra norma.

Hay aquí, si no recuerdo mal, una coincidencia con la biografía. En el enfrentamiento, en la rebelión, un mundo autoritario es suplantado por otro. El mundo familiar por Pound, Pound por Aldington y D. H. Lawrence, éstos por el poderío económico (y paternal) de Bryher, y así. Aunque el segundo término por el que se opta, claro, ofrece más oxígeno al comienzo y permite crecer por un rato y eso es lo que cuenta. La poesía, en otras palabras, conoce como la vida la concesión como modo de ganar progresivamente espacios.

No, no logro ver en la gesticulación poética de H.D. un afán antiépico. Veo más bien lo opuesto, un intento desesperado de hallar para sí un lugar prestigioso desde el cual explayar una competencia. Y a la vez un refugio que la protegiera de sí misma, de la culpa, permitiéndole compensar —gracias al peaje de la sumisión al género— la falta de haberse atrevido. La doble faz del gesto es evidente.

¿Estoy diciendo que fue presuntuosa o débil? Las dos cosas. Al elegir el mundo épico (por siglos coto privado de hombres, en esto —es obvio— tiene razón Du Plessis), eligió lo más difícil: la transgresión era grande. Había adivinado que la gloria más alta es la anónima y que la grandeza de una obra aumenta en proporción al pasado que contiene. Pero eso no la llevó a dar cátedra. Prefirió algo menos edificante o más sutil: jugó con figuritas de sí misma (Helena era por azar (!) el nombre de su madre), hizo de cada torpeza, rabia o enredo psicológico algo intencional, oyó las intermitencias de la culpa, y se dejó atravesar por el sentimiento de traición. Quería dar con un ritmo intangible, personalísimo que arrojara cierto encantamiento sobre las cosas. Pudo componer una obra bella. Su mérito fue hábil.

Todo *Helen in Egypt* respira las atmósferas huecas y fascinantes del exilio, el extravío, la precariedad de esas imágenes que somos los seres humanos, las mezquindades y ritornellos de la atracción sexual, a la vez que vuelve a contar una de las historias más eternas del gusto literario.

En una Isla Blanca, Helena hace su apología, conversa con fantasmas y también con el fantasma de sí misma. Huye hacia adelante, hacia otro sometimiento. Veo en este libro, y en el vaivén vital de H.D., una situación endeble, contradictoria y por eso me conmuevo. Veo aquí su modernidad. Acaso estemos ante un caso de humildad paradójica y de un destino humano no ejemplar. Muy bien. H.D. será una poeta legible, y acaso también necesaria.